

CAPITULO IV.

Los dos artistas.

—¿Cree vd. que mi pobre amigo Rafael quedará contento con este retrato, madre mia?

Decia un jóven de hermosa presencia que estaba pintando un retrato al óleo, á una anciana que se ocupaba en aquel instante en registrar todos los cajones y papeles del estudio del pintor, buscando alguna cosa.

—Sin duda ninguna, Leopoldo. No puede trasladarse al lienzo con mas perfeccion, la hermosura, la modestia, el candor y la expresion de la desventurada Luz.

—Sin embargo, á Rafael le debe parecer

muerto, sin color y sin animacion, como me parecen á mí todos los retratos que he hecho de mi inolvidable Clotilde. Pero se empeñó en que se ocupase mi pincel en esta obra, y no me pude negar á la súplica de un amigo desgraciado, que no tiene otro placer que el de pensar á todas horas en la mujer que adora, como no tengo yo, madre mia, otra felicidad que la de pensar en mi Clotilde!

—Y ese retrato le servirá de gran consuelo, como te sirven á tí los que ha trazado tu pincel de la jóven que amas.

—Sí; el sediento febricitante entretiene su abrasadora sed con trozos de hielo que le sirven cuando le niegan el agua que apetece; el desgraciado prisionero con ver desde las rejas de su prision un rayo de luz y algunas ramas de los árboles que le recuerdan los limpios horizontes del mundo y las verdes praderas que ha recorrido; el infeliz amante, con la pálida semejanza del sér que adora! Son dulces ilusiones que alimentan la esperanza; esta esperanza que es la tierna compañera del hombre; la que

le anima en su desgracia, la que le infunde aliento en los reveses, la que le presenta en el horizonte un punto de felicidad, una estrella de ventura, hácia la cual camina consolado, y cuya luz no se extingue sino despues de haber descendido el hombre á la tumba; pero siempre en brazos tambien de la esperanza.

—¿Y cuándo piensas enviarle ese retrato?

—Hoy mismo, porque es el día en que va á salir por vez primera á la calle, despues de su peligrosa enfermedad.

—Muy bien.

—Quiero que en el mismo instante en que se dispone á correr la ciudad en busca de la mujer que adora, vea entrar por las puertas de su casa su semejanza, como dulce presagio de ventura.

—Y te lo agradecerá mucho, hijo mio.

—Solo esperó á que llegue mi excelente amigo Nuñez, para saber el resultado de la entrevista con D. Emilio.

—¡Cómo! ¿ha ido á ver al protector de Clotilde?

—Sí, madre mia: viéndome padecer, ha

querido manifestarle mi inocencia, hacerle saber que existe un manuscrito donde se prueba la calumnia inventada contra mi desgraciado padre; la manera con que este cuaderno fué arrancado una noche de las manos de Inés, por un hombre que estaba protegido por el mismo malvado á quien debemos nuestra ruina, y la atroz calumnia inventada por Duval, acusándome de haber dispuesto el rapto de Clotilde la noche que penetré al jardín.

—¡Oh...! Nuñez es un excelente amigo.

—Sí, madre mia: es el mejor amigo que tengo.

—¿Y crees tú que alcanzará algo de D. Emilio?

—No, madre mia. ¡Es tan difícil persuadir á un hombre que está preocupado con una idea! Si ese cuaderno no hubiera desaparecido, aun podría hacérsele conocer la verdad; pero ¿qué puede valer la voz de un hombre honrado, cuando se presenta sin pruebas para defender el buen nombre de un acusado!

Y Leopoldo suspendió su trabajo, y se quedó abatido.

—¡Oh! y por mas que busco todos los dias ese cuaderno—dijo la anciana registrando los cajones—por mas que examino todos los papeles, nada encuentro!

—¡Y yo, yo tengo la culpa de que se ha ya perdido! Bastante me aconsejaba Nuñez que lo guardase; pero yo descuidé su aviso, y al perderlo, he envuelto en mi desgracia á Clotilde y á la bondadosa Inés que, en las líneas de ese manuscrito, trazadas por Ricardo, encontraba, en los recuerdos amorosos que le consagraba, el consuelo á su profunda pena.

—¡Pobre Inés!

—Muy desgraciada, sí; pero constante en su amor como el objeto de mi cariño, que se ha educado bajo sus nobles y generosas máximas.

—Sí; Clotilde te ha dado y continúa dándote palpitantes pruebas de un amor inextinguible y puro.

—¡Ah! Clotilde es un ángel á quien tra-
tau de unirla con un demonio que el mismo

infierno salvó de la muerte, por no verse obligado á recibirle en su seno.

—O á quien el cielo ha querido conservar la vida para que se arrepienta y nos devuelva la honra y la felicidad.

—Dios lo quiera, madre mia; pero yo no espero de Duval ese arrepentimiento.

—¡Y esperas en que D. Emilio cambie de resolucion con las palabras que le haya dirigido Nuñez?

—Tampoco, madre mia.—Exclamó con tristeza Leopoldo.—Yo nada espero, ni del uno ni del otro; pero en el corazon del protector de Clotilde se abrigan hidalgos y tiernos sentimientos que desconoce Duval; y si Dios tocase ese corazon, y le hiciese conocer mi inocencia por los labios de mi leal amigo Nuñez, tal vez terminarian mis penas.

—Así lo creo yo tambien.

—¡Ah....! ¡con cuánta impaciencia es pero la vuelta de Nuñez....! ¿qué habrá sucedido....? ¡habrá convencido á D. Emilio....? ¡Tenia él tanta confianza en conseguirlo....!

—Sí: te aprecia mucho; se interesa en tu ventura; conoce la inocencia de tu desventurado padre, y cree fácil persuadir á los demas de lo que él siente.

—¡Es verdad....! Y mientras se ocupa de mi defensa, el infeliz siente destrozado su corazon por penas no menos terribles que las que á mí me abrumen. ¡Oh! sí; cuánto hubiera yo celebrado, que en vez de haber encontrado en la hermosa Soledad la semejanza de la mujer que ama, hubiera hallado en ella misma al objeto de su amor.

—Sí; y yo tambien me hubiera alegrado de ese encuentro, porque Soledad es una jóven de finas maneras, de elevadas ideas y de nobles sentimientos, que hubiera hecho la felicidad de Nuñez, como éste hubiera labrado la suya.

—Y yo he hecho lo posible porque, supuesta esa semejanza, casi idéntica, que segun él existe entre Soledad y Adela, busque en aquella la felicidad que no pudo encontrar en esta; pero en vez de hacer caso de mis consejos, ni siquiera se atreve á pasar por la calle en que vive nuestra antigua ve-

cina Soledad, para no verse asaltada de alguna idea de infidelidad hácia la mujer que debió unirse á él.

—Esa lealtad y constancia le honran; pero oigo pasos en el corredor de alguno que se acerca, y debe ser él.

—¡El...! ¡Ah! ¡véamos qué ha pasado con D. Emilio!

Y Leopoldo dejó su paleta y sus pinceles, y se dirigió lleno de inquietud á la puerta, cuando Nuñez entraba por ella, triste y abatido.

Leopoldo comprendió lo que aquella tristeza significaba, y se quedó con los brazos caidos hácia adelante, entrelazadas las manos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, quieto y abatido.

Su amorosa madre leyó lo que pasaba en su corazon, y le envió una de esas miradas compasivas, llenas de ternura y de sentimiento, que son el idioma mudo, pero elocuente del alma.

Nuñez que, como hemos dicho, habia entrado revelando en su semblante la tristeza

y el pesar, se dirigió sin pronunciar una palabra hácia la mesa en que se hallaban en desórden la caja de pinturas, la paleta y los pinceles; se arrojó sobre una silla que estaba junto á ella, y llevando la mano á la frente, exclamó con acento terrible.

—¡Oh...! ¡no hay justicia para la virtud sobre la tierra!

—Habeis sufrido un desengaño, ¿no es verdad, amigo mio?

Dijo Leopoldo con profundo sentimiento acercándose á Nuñez.

—Sí, un desengaño desgarrador. Duval ha conseguido ofuscar á D. Emilio, y nadie es capaz de hacerle variar del propósito de unirle con Clotilde.

—¡Oh....! ¡me lo esperaba!

—No bien le dije que iba á hablarle de vd., á manifestar su inocencia, cuando me prohibió que tratase de ese asunto; y cuando, á pesar de su mandato, me atreví á indicarle que era una calumnia vil la del rapto intentado por vd. con Clotilde, se levantó airado; dijo que el hecho de haberse hallado vd. en el jardín era una prueba pal-

pitante de su delito, y se retiró sin que me escuchase.

—¡Es decir que ignora que vd. conoce al falsificador de las libranzas y la existencia del cuaderno encontrado por vd., y vuelto á perder por desgracia?

—Sí, todo lo ignora, porque se alejó sin quererme oír.

—¡Ah....! ¡soy muy desgraciado!

Exclamó Leopoldo escondiendo el rostro entre sus manos.

La anciana, que se habia quedado en un extremo del cuarto, miró á su hijo tristemente.

—Pero ¿qué importa—Dijo Nuñez levantándose—que Duval haya inclinado contra vd. el corazón de D. Emilio, si el de Clotilde es de vd. y le defiende?

—¡El de Clotilde? ¡La ha visto vd. por fortuna?

Preguntó con ansiedad Leopoldo levantando la cabeza, y fijando los ojos en su amigo.

—No solo la he visto, sino que le traigo á vd. un presente de ella.

Leopoldo corrió hácia Nuñez henchido de alegría.

—¡Ah....! ¡y qué prenda es esa....? Decídmelo, decídmelo por Dios.

—Es un lazo que debe entrañar algun juramento de amor.

—¡Un lazo....! Démele vd. para que sepa lo que debo esperar.

Nuñez sacó del bolsillo una cajita y se la entregó á Leopoldo.

Este la abrió con ansiedad, fijó los ojos en el objeto que iba dentro, brilló en su rostro la alegría mas intensa, y exclamó:

—Es el mismo que adornaba su pecho en San Angel el dia en que pasé por enfrente á su balcon: sí, el mismo, hecho de cintas blanca, azul, tornosolada y amarilla, graciosamente entrelazadas. ¡Miradlo, miradlo, madre mia!

La anciana se acercó á su adorado hijo.

—¡Le ve vd....?—añadió el jóven pintor besando con delirio el lazo.—¡Ah....! ella me ama, sí, me ama....! En él me dice: *“Os amo, os adoro con puro amor, y os amaré hasta el sepulcro si me quereis.*

—¡Oh....! bendita sea esa jóven que le devuelve la alegría y la felicidad á mi querido hijo.

Exclamó la anciana levantando sus ojos hácia el cielo.

—Sí, bendita sea, madre mia. ¡Qué me importan la perfidia de Duval, y la ceguedad de D. Emilio, si Clotilde me jura en este lazo, que me adora y que me amará hasta el sepulcro! ¡Ah! estoy loco de contento. Pero es preciso que mi alegría no prive á mis amigos del placer que anhelan. Rafael espera con impaciencia el retrato de la mujer que arrancaron de su lado, y es preciso enviárselo al momento.

—Sí, envíasele, hijo mio, envíasele, porque será un bálsamo para su herido corazón.

—¡Oh! ya que Dios me envia un consuelo á mis penas por medio de un amigo, lleve yo tambien á otro el mismo bien en su dolor.

Y Leopoldo se acercó al cuadro y lo quitó del caballete para enviarlo.

—¡Le parece á vd. bien, señor Nuñez, el retrato?

Le preguntó Leopoldo.

—Es una obra acabada, y Rafael va á recibir una sorpresa agradable.

—¡Pobre Rafael!

—Pobre como todos los hombres de nobles sentimientos: como vd. á quien tratan de robar su felicidad: como yo á quien se la robaron hace mucho tiempo!

—¡Es verdad!—Exclamó Leopoldo con profunda tristeza.—Pero este lazo recibido del sér que idolatro me devuelve la esperanza de una próxima felicidad, y mi corazón me anuncia que la de vd., así como la de Rafael, no se retardarán.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!

—Pero enviemos á nuestro amigo este retrato, que le colmará de ventura.

—Voy adentro para que venga el criado y lo lleve.

Dijo la anciana, y se alejó contenta de ver la alegría de su querido hijo.

—¡Ah! ¡qué consuelo vierte en el alma la seguridad de ser amado!—Exclamó Leopoldo mirando el lazo enviado por Clotilde.—Hace un instante estaba inquieto, afligido;

ahora me creo el mas venturoso de los hombres, y solo me aflige la suerte de Rafael y la de vd., amigo mio.

—¡La mia no tiene ya remedio!—Dijo tristemente Nuñez.—Cada dia es mas amarga y terrible; sí, mas amarga y terrible, porque cada vez que me encuentro en la calle con esa copia exacta de la mujer que adoro, con esa Soledad que reúne sus mismos hechizos, su misma gracia y su misma dulzura en su angélico semblante y en sus serenos ojos, se despiertan mas vivos mis recuerdos hácia mi hermosa Adela, y comprendo mas y mas el inapreciable tesoro que he perdido.

—Pues ¿qué, ha vuelto vd. á encontrar á Soledad?

—Hace un instante; cuando venia hácia aquí. Iba en el coche de D. Felipe Flan, ¡y tan hermosa....! ¡Ah! ¡y ella me miró.... reconoció en mí al hombre que la siguió el Juéves Santo hasta su casa, y que despues no ha vuelto á pasar ni por su calle. ¡Oh! ¡qué idea tan baja debe haber formado de mí....!

Y Nuñez quedó meditabundo.

Leopoldo se acercó á él, y le dijo:

—¿No reconoce ese sentimiento de que forme un concepto desfavorable de vd. una causa mas profunda que el de pasar á sus ojos por ligero?

—¿Qué quiere vd. decir, amigo mio?

—¿No siente vd. hácia esa jóven nada de lo que sentia vd. hácia Adela....? ¿No se siente vd. inclinado á amarla?

—¡Ah...!—contestó Nuñez conmovido— muchas veces me he hecho yo mismo esa pregunta....! Pero no; yo no amo mas que á Adela; yo no puedo amar á otra, no debo, no quiero amar á quien no sea ella!

Y se quedó abatido.

El criado entró en aquel momento.

Leopoldo le entregó el retrato que acababa de quitar del caballete, y le ordenó que lo llevase inmediatamente á casa de Rafael.

El criado obedeció y se fué.

Leopoldo, miró el lazo enviado por Clotilde.

Lo besó con ardiente afán.

Guardó la caja en el bolsillo de su levita junto al corazon.

Miró con tierna compasion á Nuñez que permanecia quieto y con la cabeza caida sobre el pecho en medio de la pieza.

Se acercó á él.

Le estrechó la mano manifestando el interes que por él tomaba.

Se apoyó en su brazo, y luego, conduciéndole hácia la puerta, le dijo:

—Vamos á casa de Rafael, amigo mio, y busquemos los medios de poner término á los padecimientos. Adela y la hermosa Luz parecerán, lo espero, como espero que Clotilde será mia, á pesar de los obstáculos.

Y Nuñez se dejó conducir por su amigo sin pronunciar una palabra.

Poco despues se dirijian á la casa de Rafael.